



El cruce de la plaza de Cibeles y perspectiva de la calle Alcalá hacia la Puerta del Sol y Gran Vía. Data de los últimos años veinte. (Colección de la familia)

humana y artísticamente ascendente que requiere la justicia ya indicada de una amplia y merecida obra.

De esa iniciación del nuevo siglo y del nuevo artista son (en 1904) auténticos cuadros, como «La Puerta del Sol», «Café con camareras», «En la Bombilla», «Soledad de dos en compañía», «Música de aire», «Parque del Retiro», «Orquesta callejera», «Descanso dominical», «La soledad del sereno», testimonios que irán enlazando la tarea de Sancha a sus sucesivas

Don Ramón María del Valle-Inclán, en la Puerta del Sol, durante los primeros años de nuestro siglo, visto por Paco Sancha. Si Baroja es Anatomía en literatura, Valle-Inclán es Carnaval



producciones de aquel Madrid, que puede parecer tópico pero que, indudablemente, no lo era, estaba ahí para desolación social (en unos aspectos) de la España de aquel tiempo y como motivación permanente de escritores, músicos y demás artistas que llevaron a su plástica alegrías y miserias de las muy distintas clases sociales madrileñas.

Londres constituyó, entre medias, su otro marcado rumbo. Allí acude sobre 1912, debido a que están sus tres hermanos, y se instala con su mujer y sus cinco hijos. Fueron diez años de permanencia de la que podrían caracterizarse nuevas y singulares aventuras de su vida y de su obra. Esplendor y dificultades resumiríamos. Muchos testimonios de todo ello nos han legado amigos importantes, compatriotas que allí le conocieron y se prendaron de sus cualidades, de su personalidad. Ramiro de Maeztu, Julio Camba, Salvador de Madariaga, José Pla, Luis de Baeza...

Durante la Primera Guerra Mundial (la llamada entonces Guerra Europea) el Gobierno británico encargó a Sancha visitar los frentes de batalla, junto con grupos de periodistas, para tomar apuntes con destino a una colección de dibujos bélicos. Ello le impresionó tanto, tras la visita, que estuvo varios meses sin poder trabajar. Al final de aquella guerra visitó Londres el Rey Alfonso XIII y al querer conocer el Club Español fue presentado a Sancha,

compartiendo sabrosa conversación.

Los años veinte son los del retorno a Madrid con toda la familia. Es la época en que vive en la calle de Altamirano (un barrio de Argüelles que empieza a hacerse, con más desmontes que casas), prepara su gran Exposición, pronuncia una conferencia en el Museo de Arte Moderno, colabora en *ABC* y *Blanco y Negro*, y también en diarios como *El Sol* y *La Voz*. En una galería madrileña expone cien obras, entre óleos y «guasches», sobre temas de Inglaterra y de España: «Londres», «Iglesia de San Sebastián, de Madrid», «Calle de Romero Robledo, en Argüelles»... De 1925 a 1930 nacen otros muchos paisajes de Madrid y de Avila. Con «La Telefónica» se presen-

ta en la Exposición Nacional de Bellas Artes, del Palacio del Retiro, en 1930. Está presente en tertulias de café y en banquetes de escritores, artistas, compañeros todos, amigos todos, y muy de verdad.

DUROS COLETAZOS FINALES

Cuando todo debía de ser acomodo, tranquilidad económica, dada la fama de su arte, retornan los tiempos difíciles. Y en 1936 le ofrecen un puesto de dibujante en un periódico de Asturias. Al poco, estalla la guerra civil. Se siente enfermo, en Oviedo, fuertemente afectado por una úlcera de estómago y muere en los primeros días de octubre de 1937. Muerte oscu-

ra, alejado de su familia, una más de las muchas de todo signo que se sucedían por el país en armas.

Madrid, en deuda desde entonces, toma tardía conciencia ante el centenario de su nacimiento (1874-1974) y se movilizan distintas fuerzas culturales: por sugerencia de la entonces denominada Dirección General de Bellas Artes (a través de la Comisaría de Exposiciones y Museos), la Asociación de Pintores y Escultores quiso organizar en 1971 una Exposición-Antológica, en homenaje. Parece ser que la empresa Prensa Española recabó el honor de tal organización aduciendo que en las páginas de *Blanco y Negro* y *ABC* dejó Sancha las mejores muestras de su lápiz y de su genio. También la empre-

sa Repesa (Refinería de Petróleos de Escombreras).

Ya en 1960 y en la Biblioteca Española de París, hubo una Exposición de ilustrador de la revista *Blanco y Negro*, de cuyas ciento diecisiete obras, veinticuatro eran de Paco Sancha. En otras muchas revistas españolas, francesas e inglesas, en colecciones particulares, en manos de incondicionales amigos y conocidos se encuentra la tarea artística de este hombre más conocido en su tiempo exactamente como «Paco» Sancha, el dibujante español de más popularidad en el primer cuarto de nuestro siglo, hoy sin embargo todo un olvidado, un gran desconocido.

Reivindiquémosle definitivamente.

Rafael FLOREZ

«Un volquete» (cuadro del año 1905)



recuerdo de

Tono

Un madrileño total de adopción y devoción

COMO no sea para chinos, ya da no sé qué hablar de Tono. Era tan nuestro, estaba tan cerca de nosotros, en los ojos, en el alma, en el corazón, que parece que el que más y el que menos ya se lo sabe de memoria, en su totalidad humana rubricada por una bondad infinita.

Me parece que eligió la vena humorística porque era el mejor patrón para andar por la vida, sin herir ni hacer daño a nadie, riéndose tan sólo de los peces de colores, que puede que sean los únicos seres vivos a los que no les molesta que se rían de ellos. Vivió en humorista durante muchos años y también murió como tal. (En el lecho que iba a ser mortuario, en los últimos instantes de su vida, le dijo a Vizcaino Casas: «Perdona que no te acompañe al pasillo, hombre; pero es que esto de morir es una lata»). A otro, no recuerdo quien, que trató de

animarle diciéndole que todavía habría de escribir la carta a los Reyes Magos: «Creo que este año la voy a llevar en mano». Y a mí, por última vez, cuando ya no veía más el chisporroteo de sus juguetones ojos azules, me estrechó la mano y me susurró: «Mariano, tengo que hablarte de un negocio que se me ha ocurrido. Puede ser importante».

Dibujante, pintor, escritor, inventor de mil objetos inútiles y de increíbles objetos entrañables —para mí «inventó» una cajita que llevo siempre muy cerca del corazón, encargada de contener mis píldoras antiinfarto—, Antonio de Lara Gavilán nació en Jaén, para poder disponer de la necesaria distancia y conocer el placer de descubrir un día Madrid, su Madrid luminoso del alma.

Pero antes hubo de pasar por Valencia, tal vez para poder llamarse Tono, y allí, para hacer oficio, dicen que inventó el «blanco y negro», ese bocadillo que, con la «pataqueta», compone el ritual de la pequeña gastronomía popular valenciana.

Cuando las hambres de la clientela literaria y artística se curaban a base de café con media exclusivamente, Tono ya parecía estar de vuelta de esas cosas y disponía de su tiempo para que nunca le faltasen esos cuartos de hora relajantes del aperitivo sosegado, a los que él asistía como un dandy que ya había descubierto el afrancesado pernod y el tonificante sabor del martini cóctel.

Ramón Gómez de la Serna lo llevó muy pronto a su tertulia de Pombo y, cuando se fundó «Gutiérrez», Tono fue en aquella revista una especie de semilujo juvenil que vestía a la última y a veces se ponía «bombachos» para la excursión a la sierra o la escapada a San Sebastián.

Penagos era el amigo que suponía su homenaje a las generaciones precedentes y Edgar Neville, el compañero de cada instante con el que soñaba, a un dúo muy compenetrado, con el invento del nuevo humor, con ese invento capital que terminase, de una vez para siempre, con los chascarrillos de baturros y los acertijos de buen barato.

Tenía tanta voluntad de renovación, que no pudo hurtarse a la llamada de París, en donde sus burgueses de la barra de pan bajo el brazo no tienen tanta capacidad de indignación ante «lo nuevo» como sus congéneres celtibéricos, que si por ellos fuera aún estaríamos en las cavernas.

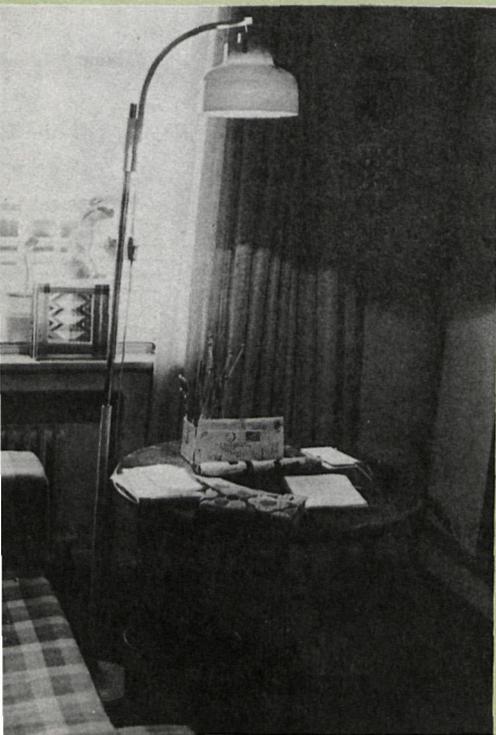
Casi consumada la conquista de la Puerta del Sol, emprendió la de la Torre Eiffel, que le resultó casi más fácil, cosa que sorprendió mucho al humorista, que recordándolo me dijo un día:

—No me lo explicaba. Todos me decían que triunfar es fácil si es que uno se decide a trabajar una barbaridad. Y yo, ya ves, a mí siempre me

Su último rincón de trabajo

SU CONQUISTA DE LA PUERTA DEL SOL

Hay dos formas de ganar fortalezas. O a la brava, clamorosamente, entrando como potro en cacharrería, o dejándose ver y sentir sin una palabra más alta que otra. Tono, recién llegado de Valencia para sentar plaza de dibujante en las revistas, ni dio codazos, ni ensayó zancadillas, ni la emprendió a bocinazos en los cafés. Y, sin embargo, muy pronto habría de ser conocido aquel jienense, pasado por el tamiz levantino que tenía un aire muy poco bohemio —aunque a veces la bohemia fuese por dentro—, sino más bien todo lo contrario.



ha parecido la más justa de las leyes de la ley del mínimo esfuerzo...

Colaborador de las más avanzadas revistas humorísticas del París de la Francia, Tono procura darse la gran vida y sorprende a Eugenio Montes en los Campos Elíseos, porque en vez de un artista español le pareció «un turista inglés». Se reúne con Pancho Cossío en *La Domme* o *La Coupole* de Montparnasse y, al anochechar, se va a tomar el aperitivo a *Fouquet's*, entre diplomáticos y damas del llamado gran mundo. Asombra a unos y otros gastándose el penúltimo franco de sus colaboraciones en corbatas inglesas y camisas de seda. De cuando en cuando hace escapadas a Madrid, seguro que a curarse de saudades, porque aunque los humoristas se sigan riendo de los peces de colores, de la nostalgia y de todo eso, también tienen sus melancolías y, frecuentemente, un corazón que no les cabe en el pecho.

Surge el viaje a Hollywood al principio de la década de los treinta y Tono siguió manteniendo el tipo de galán cinematográfico mientras adquiere perros fastuosos y dedica algún tiempo a trabajar en guiones de películas. Conoce a Charlot, se hace gran amigo de Douglas Fairbanks y un día, ante el asombro de sus amigos, departe durante varias horas con Einstein en el banco de un parque público.

—¿Qué es lo que te ha dicho?
—le preguntan los amigos con perplejidad.

—Nada —respondió Tono con esa carencia total de grandilocuencia que tuvo siempre el metal de su voz. Hemos llegado a la conclusión de que todo es relativo en esta vida.

Vuelve a España y se llena de aquel Madrid de la preguerra, dedicándose por entero al dibujo de humor. La barahúnda le pilla en el sur de Francia, acaso jugando a la ruleta, y, poco después, pasa a San Sebastián, bajo una verdadera ensalada de tiros que se desarrolló en la frontera y con el telón de fondo de una conmovedora historia de cierto perrito herido, que él me contó más de una vez, y que adoptó

después de curarlo para llevárselo consigo a San Sebastián.

SU MADRID TOTAL

Con la llegada del otoño de 1939, Tono vuelve a instalarse en Madrid. Y ya de una manera definitiva. Lenitivo, consuelo, casi lujo de aquellos años difíciles, era la sonrisa que fluía siempre de los labios de Tono. Ya durante la guerra había empezado a escribir, si bien tímidamente, y ahora lo hacía con regusto, como si el nuevo modo de expresión elegido le llenase por entero.

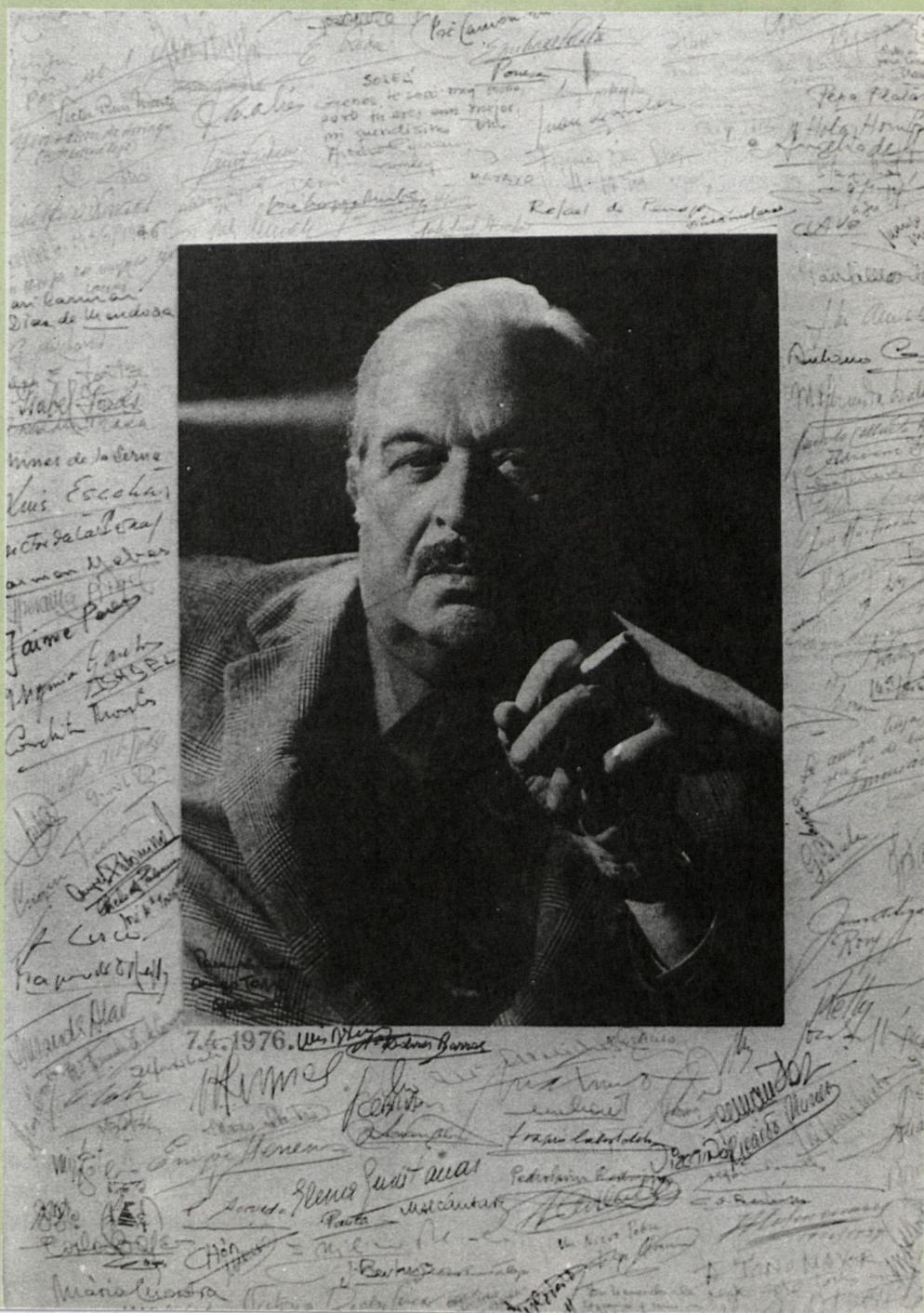
Es el momento de su dedicación teatral y de su colaboración con diferentes autores, sobre todo con Miguel Mihura, otro dibujante pasado a la máquina de escribir, compañero de los viejos tiempos de

«Gutiérrez» y amigo constante de cada hora y de cada minuto.

Durante treinta y nueve años, anclado definitivamente en su Madrid del alma es el perfecto gustador de las mañanas, de las tardes y de las noches de la capital. El, que siempre fue la negación del ditirambo y del panegírico, que sólo quiso ver la quinta dimensión graciosa de las cosas, llevaba su elegía a Madrid dentro del corazón, muy escondida, para que nadie la viera. Pocos conocían como él sus rincones y vericuetos, aunque siempre alardease de «no saber nada de nada».

—Eso me gusta mucho —me dijo una vez.

Acababa de leer un artículo de César González-Ruano, en el que se decía que lo bueno de desaparecer de Madrid, para pasar una temporada de descanso en alguna parte,



En abril de 1976, en ocasión de cumplir 79 años, sus amigos le ofrecieron un multitudinario homenaje. En torno a la fotografía del dibujante y escritor, las firmas de algunos de los asistentes al banquete



Panorámica de la madrileña calle de Rodríguez San Pedro. Por el ojo de buey de la izquierda, penetraba la luz solar en el estudio de Tono. Allí, a partir de ahora se instalarán los recuerdos de toda una vida copiosa y bondadosa

era que el regreso se daba por descontado. Y que no hay nada más bello ni emocionante que «volver a Madrid».

A él le pasaba lo mismo, aunque no lo dijese. Sus viajes a San Sebastián en un principio, a Marbella después y por último a las playas de Castellón, no eran más que una disculpa para poder volver. Por eso, muchas veces, sus escapadas se limitaban al mínimo, procurando no salir de la propia provincia de Madrid.

Fue, ¡cómo no!, veraneante serrano y tuvo una especial predilección por El Escorial, en donde tomó parte como protagonista, y por única vez en su vida, en un festi-

Oleo de su amigo Enrique Herreros



val taurino. Me lo contó un atardecer, cuando las luces de Madrid se entrecruzan, sentados en una terraza de ese enclave ciudadano de Arapiles y Magallanes, su barrio de los últimos años:

—Me convenció K-Hito. Me dijo que lo único que tenía que hacer era subirme a un caballo y llevar una pica en la mano. Aquello fue terrible. No me explico cómo el público protesta porque los toros son pequeños. De cerca se ven como catedrales. Aquella tarde, ya ves, me tiraron del caballo y me rompí una pierna.

Yo, que le había conocido en un estudio de Rodríguez de San Pedro, tomaba el mismo camino para ir a verle en su último domicilio de la calle de San Bernardo. Casi siempre lo sorprendía viendo televisión en color, porque decía que no tenía ganas de otra cosa. Recuerdo que poco antes de comprar aquel televisor hablamos de los precios y los plazos de estos aparatos.

—No, yo no quiero plazos —me dijo—. ¿Para qué? Aunque no me den muchos no tendré tiempo a cumplirlos. Lo prefiero al contado.

Recuerdo que estábamos almorzando en *La Tortuga* y a mí me dio un vuelco el corazón. Manolo Alcántara me miró. Era la primera vez que hablaba de esa tremenda posibilidad de la muerte.

SU AUSENCIA

Ahora, bajo el sol de mayo de Madrid, los que fuimos sus amigos notamos más su ausencia. Paseaba por estos días a la claridad mañanera pensando en tomarse una cerveza

con patatas fritas y cenaba de noche en una terrazita con su proverbial buen apetito haciendo proyectos para el inmediato veraneo.

Con mayo en el corazón fuimos juntos algunas tardes a los toros, principalmente a las cercanías, que era lo que más le gustaba, y luego volvíamos discutiendo en qué lugar podríamos cenar mejor.

En mayo y en Madrid, Tono se ponía el smoking, para ir a la entrega de los trofeos taurinos de Mayte y, en mayo y en Madrid, organizábamos algunas noches inolvidables comi-

lonas en casa de Porfirio Sanjuán, así como para que sucediese aquello de que alguien viniera a saludarle con los ojos húmedos de emoción. —Esa es la gloria literaria —rió alguien.

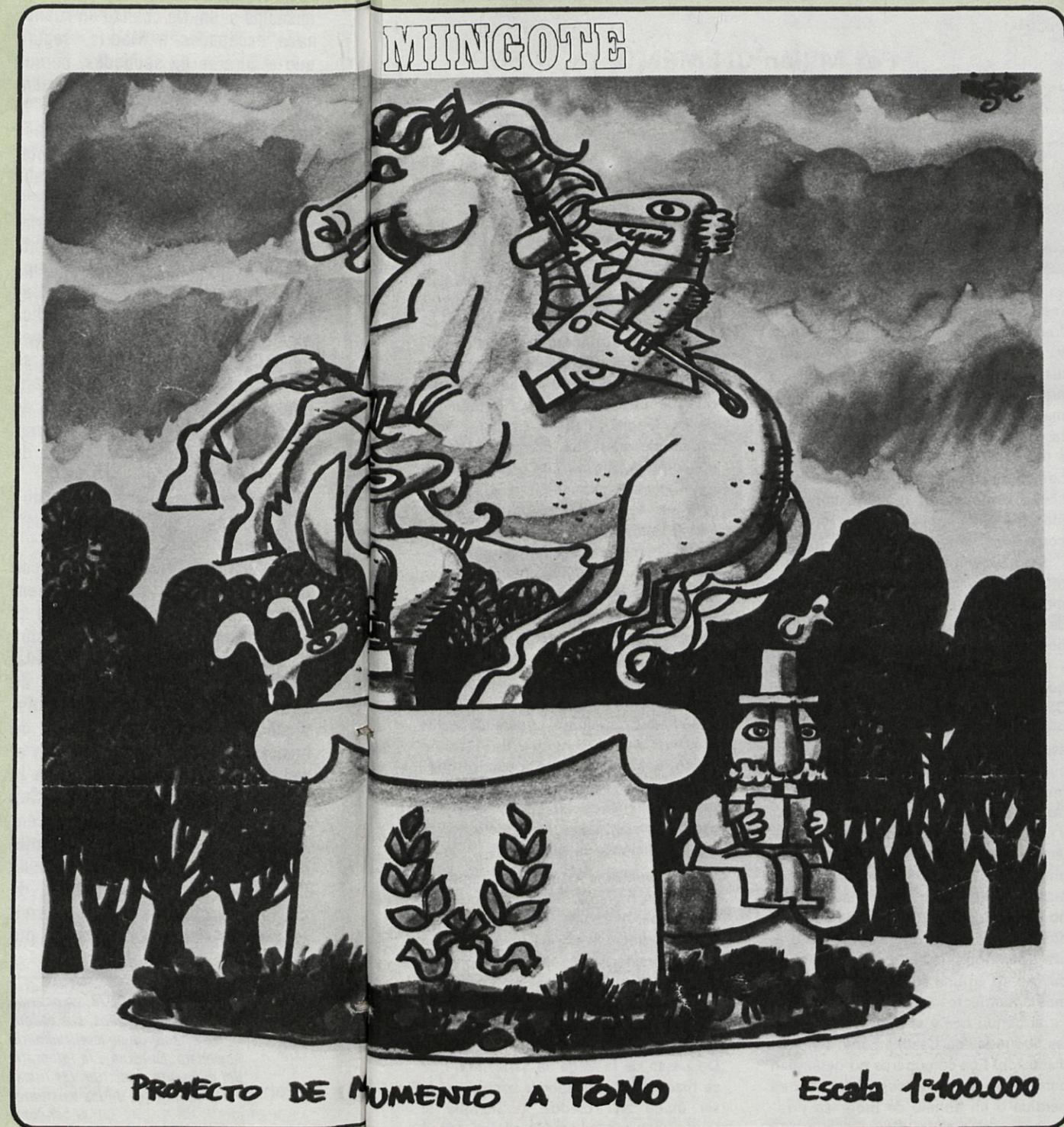
Pero luego nos enteramos de que el «admirador» había confundido a Tono con José Antonio Girón y Tono dijo:

—Siento no haber comprendido la confusión, porque la verdad es que no estuve a la altura de las cir-

cunstancias. Debí ofrecerle... una colocación.

Mayo y Madrid, para los que fuimos sus amigos, es ahora otra cosa. La primavera radiante y la alegría de las acacias se nos han quedado un poco cojas. Ya no podemos llamar a su casa para concertar esa cita cordial de tantas tardes y tantas noches. Ya su voz, al otro lado, no sonará con aquel tono bonachón de niño grande, de hombre angélico disfrazado de bulldog. Ya Cloti no nos dirá que está en el baño, o un

El último homenaje de su íntimo Antonio Mingote (Blanco y Negro, 18-I-78)



Cloti, la esposa del humorista

poco acatarrado y que él nos telefonará más tarde.

Su ausencia se convierte en duro dramatismo cuando nos entregan la carta del día en *Casa Ciriaco*, en *La Tortuga* de Maruja, en *La Zamorana*, en *Casa Ricardo*, en *El Majuelo*, en *Ananías*, en *Los Arcos*, en *Amago*, en *Edelweis*, en *Sixto*, en *Gades*, en la *Ostrería* o en la cripta del *Gijón*. A veces no nos lo creemos, pero es así y por eso me parece que es necesario este recuerdo puntual. En mayo y en Madrid.

El ya no está y nosotros nos hemos quedado huérfanos de algo muy entrañable. Se ha ido y nos ha dejado a sus amigos con el dolor de su ausencia. ¡Qué bien lo vio Máximo Sanjuán! En aquel dibujo en que Tono, sonriente, aparecía en un pedestal diciéndonos: «Les acompaño a ustedes en el sentimiento».

Sí, era tan nuestro, estaba tan cerca de nosotros, en los ojos, en el alma, en el corazón, que, aparte de otras cosas, parece como si nos resistiéramos a convencernos de su muerte, tan cercana y tan lejana ya. Y ni siquiera nos consuela pensar que su eterna sonrisa, de hombre y de humorista, engalana ahora los caminos del cielo. En mayo y muy arriba.

Mariano TUDELA

P. S. En la primavera de Madrid se anuncia para el próximo otoño una Exposición Antológica, en homenaje a Tono. Sus cuadros, sus dibujos y los cuadros y dibujos de sus amigos hermanos en una muestra en honor y recuerdo, por esta vez otoñal, del inolvidable Antonio de Lara.